

# CONSIDERACIONES SOBRE LA ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA ANTERIOR AL ADVENIMIENTO DEL ESTADO EN EL VALLE DEL NILO

MARCELO CAMPAGNO\*

**Abstract:** Current research on the Nile Valley name *Predynastic* the previous times to the emergence of the state. Its use constitutes a projection of a historical sequence mainly based in the political history of Ancient Egypt. However, there are no sociopolitical parameters beyond the boundaries of the communities at that time. These communities have to be the point of departure for the analysis of the Nile Valley's sociopolitical situation before the state. Funerary practices and iconographic testimonies show some indications of social differentiation, probably including the existence of communal elites and some kind of leadership. Besides, different social ambits –related to economical, ideological and warlike practices– also allow supposing the presence of leaders. This kind of evidence seems to fit well with the anthropological concept of *chiefdom societies*.

**Keywords:** Nile Valley - Predynastic Period - sociopolitical organization - chiefdom societies

**Palabras clave:** Valle del Nilo - Período Predinástico - organización sociopolítica - sociedades de jefatura

Partamos de una constatación habitual. Cuando se considera cualquier cronología promedio de la historia del Antiguo Egipto, ésta aparece parcelada en

---

\* Doctor en Historia, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, Departamento de Egiptología, IMHICIHU-CONICET.

grandes períodos –*Reino Antiguo, Medio, Nuevo, etc.*, con sus consecuentes *Períodos Intermedios*–, cada uno de los cuales presenta alguna homogeneidad, que procede principalmente del hecho de que se trata de épocas de centralización o descentralización estatal. Las subdivisiones de tales épocas suele ser establecida en términos de las dinastías manetonianas, las cuales periodizan en función de secuencias de reyes. Más allá de las ventajas y problemas que puede comportar este tipo de periodizaciones, lo que importa destacar aquí es que el criterio central a partir del cual se establecen las diversas épocas remite básicamente a la historia política que aconteció en el valle del Nilo en tiempos antiguos.

Ahora bien, cuando consideramos los primeros eslabones de la cadena cronológica egipcia, desaparecen nombres tales como *Reino Antiguo, Dinastía XII* o *Tutmosis III* y aparecen otros de una raigambre muy diversa. Por una parte, se dispone de un nombre general –*Predinástico*– que califica al período por aquello que no es (es decir, lo que está antes de las Dinastías). Y por otra parte, se presenta una serie de nombres difíciles, anclados en yacimientos arqueológicos denominados por lo general según su actual toponimia: es el turno de rótulos tales como *Badariense*, horizonte *Buto-Maadi* o *Nagada II*. Cuestiones de procedencia terminológica aparte, esos nombres indican que el criterio para periodizar las épocas previas a la experiencia estatal en el valle del Nilo resulta sensiblemente diferente del que rige el resto de la historia egipcia y se centra en la identificación de “culturas” arqueológicas.

Semejante salto terminológico, a su vez, pone de manifiesto los efectos aun vigentes de los modos fuertemente divergentes en que han sido pensadas aquellas parcelas del pasado que tradicionalmente caían bajo el rótulo *Historia Antigua* respecto de aquellas que caían bajo aquel otro de *Prehistoria*. Por cierto, la egiptología no ha sido la única disciplina en hacer este tipo de distinguos: por ejemplo, lo mismo puede decirse, en el marco de los estudios sobre la Mesopotamia Antigua, acerca del paso de las fases de *Ubaid, Uruk* y *Jemdet Nasr* a los períodos *Protodinástico, Acadio* y de la *III Dinastía de Ur*. En rigor, no deberíamos cargar las responsabilidades sobre las espaldas de los antiguos historiadores/filólogos ni de los arqueólogos. Cada grupo de especialistas ha tendido a identificar períodos históricos sobre la base de datos significativos por su homogeneidad a lo largo de un eje temporal. El problema surge cuando se intenta trascender la frontera temporal que ambos grupos habían establecido entre sí –que

ciertamente coincide con la aparición del Estado— porque entonces se desvanece aquella homogeneidad que rige a uno y otro lado del parteaguas.

Así pues, si se trata de pensar en la organización sociopolítica que existía en el valle del Nilo con anterioridad al surgimiento del Estado, es necesario precaverse doblemente. Por un lado, porque no es posible remontarse por los rieles de la periodización predominante para los tiempos históricos —que se quiere política— cuando se ingresa en territorio prehistórico. Y por otro, porque los criterios de periodización arqueológica —centrados en el reconocimiento de “culturas”— ayudan poco respecto de la cuestión de la organización sociopolítica pre-estatal.

No es que la empresa de remontarse hacia una “prehistoria sociopolítica” no se haya intentado. Hubo un tiempo en el que —inspirados básicamente en una lectura historizante de los Textos de las Pirámides— los egiptólogos buscaron proyectar historia en tiempos predinásticos<sup>1</sup>. Así, se propuso que desde el V milenio a.C. debieron existir unidades políticas autónomas, identificables con los posteriores nomos históricos, organizados en confederaciones y luego en diversos reinos rivales, adoradores de distintos dioses, que pronto entrarían en conflicto y que, mucho antes que el mítico Menes, lograrían dos unificaciones del delta y el valle, cada una de ellas seguida de nuevas fragmentaciones. Casi como una duplicación de la historia posterior al 3000 a.C. —reinos unidos y períodos de fragmentación— traspuesta a los milenios precedentes. Demás está decir que semejante teoría no tenía ningún tipo de evidencia arqueológica que la sostuviera. De hecho, ni siquiera es posible postular la existencia de nomos en el Predinástico: tales unidades no pueden ser consideradas como entidades autónomas y fundantes sino más bien como organizaciones político-administrativas impuestas *desde el Estado*.

Pero, ¿y los reinos del Alto y el Bajo Egipto? ¿No coinciden bastante bien con las culturas identificadas por los arqueólogos? ¿No son, entonces, precedentes *sociopolíticos* del Estado, documentados arqueológicamente? No, no lo son. Es cierto que, más allá de que Alto y Bajo Egipto son esencialmente formulaciones simbólicas del pensamiento egipcio, parece haber —digamos, hacia el 3500 a.C.—

---

<sup>1</sup> Al respecto, cf., entre otros, Sethe, 1930; Massoulard, 1949, 430-438; Pirenne, 1961, 49-86. Hemos considerado la cuestión en Campagno, 2002a, 98-101 y, sobre la perspectiva de Pirenne, en Campagno, 2002b, 1186-1188.

dos grandes áreas culturales en las orillas del Nilo, una en el sur –la llamada cultura de Nagada– y otra en el norte –la cultura de Buto-Maadi–<sup>2</sup>. Pero tales entidades no constituían para entonces unidades sociopolíticas. De hecho, la del norte nunca parece haber desembocado en una sola unidad política y la del sur lo haría recién a partir del proceso que se desencadena desde aquella época. Probablemente, esas culturas del sur y del norte pueden ser interpretadas en términos de grandes grupos étnicos, en función de que sus integrantes parecen ejercer un conjunto de prácticas socioculturales globalmente similares. Pero no hay nada que permita suponer que – en el plano sociopolítico– haya existido algún tipo de prácticas que a nivel regional articulara lo que no parece haber sido sino una pluralidad de comunidades aldeanas autónomas.

Así pues, en la medida en que no ofrecen ningún principio político de unificación formal, esas culturas regionales no pueden constituir el punto de partida del análisis de las organizaciones sociopolíticas pre-estatales sino solamente el campo de referencia más global. El punto de partida debe situarse, por consiguiente, en el mucho más modesto nivel comunal: ese es el ámbito que articula la práctica del parentesco y que constituye el espacio máximo organizado sociopolíticamente en forma permanente<sup>3</sup>.

#### *TUMBAS Y AJUARES*

¿Cuál era, pues, el tipo de organización sociopolítica que presentaban las comunidades aldeanas del valle del Nilo con anterioridad a la emergencia del Estado?<sup>4</sup> Se trata de una cuestión de muy difícil dilucidación, dada la notable

---

<sup>2</sup> La idea de dos grandes culturas se ha impuesto últimamente entre los especialistas. Al respecto, cf., entre otros, Hoffman, 1979, 212; Trigger, 1985 [1983], 46. Es cierto, sin embargo, que puede postularse cierta unidad de base de ambas culturas (cf. Aldred, 1965, 41-42; Ehret, 1996, 25-27) así como también puede señalarse una mayor diversidad regional, especialmente en el Egipto Medio (cf. Köhler, 1995, 82-84; Holmes, 1996, 193-202).

<sup>3</sup> Hemos dedicado otros análisis a esta cuestión (cf. Campagno, 1998, 39-45; 2000, 35-47).

<sup>4</sup> El análisis que se ofrece a continuación forma parte del Cap. 6 de la Tesis de Doctorado *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el Antiguo Egipto*, defendida en la Universidad de Buenos Aires en Diciembre de 2001 y

escasez y la opacidad de los testimonios existentes. Habida cuenta de que constituye el tipo de documentación predominante, convendrá que nos concentremos en la evidencia mortuoria procedente del Alto Egipto<sup>5</sup>. ¿Qué elementos de ese registro resultan significativos para nuestro análisis del ámbito sociopolítico? En primer lugar, las tumbas de la época pre-estatal presentan, ya desde el período Badariense (aprox. 4500-4000 a.C.), notables diferencias que

---

publicada como vol. 3 de la colección Aula Ægyptiaca-Studia de Barcelona (Campagno, 2002a).

<sup>5</sup> La naturaleza funeraria de la mayor parte de la evidencia disponible nos sitúa frente a un serio problema a la hora de inferir formas de diferenciación social o de liderazgo en las comunidades, dada la imposibilidad de postular *a priori* la existencia de un correlato fiel entre el modo de organización de tales comunidades y sus prácticas de enterramiento. El problema de la relación entre organización social y evidencias mortuorias ha sido objeto de extensos debates antropológicos. Binford (1972, 230) ha propuesto –sobre la base de una encuesta etnográfica que abarcaba 40 sociedades de cazadores-recolectores, agricultores y pastores– que existía “una correlación directa entre la complejidad estructural del ritual mortuorio y los sistemas de status dentro de los sistemas socioculturales”. Sin embargo, Hodder puso luego en entredicho tal afirmación indicando que, en diferentes sociedades, los modos de enterramiento pueden ser muy divergentes respecto de la organización social dominante, de modo que la cultura material sólo puede ser considerada como “un reflejo indirecto de la sociedad humana” (1994 [1986], 17). Ciertamente, si la contundencia de la posición de Hodder constituye el mejor alegato contra las generalizaciones forzosas, la solidez de la muestra de Binford parece indicar que al menos es posible cierta *congruencia* entre organización social y prácticas mortuorias en múltiples sociedades. En cuanto al valle del Nilo pre-estatal, dos indicios permiten pensar en la posibilidad de esa congruencia. En primer lugar, en los tiempos estatales inmediatamente posteriores, los modos de enterramiento reflejarían claramente la profunda diferencia que separaba al polo estatal del resto de la sociedad, con entierros reales de dimensiones y riqueza cada vez mayores, frente a los modestos sepulcros de la mayor parte de la sociedad. Y en segundo lugar, dado que las formas de las tumbas hallan en el Nilo predinástico una correlación directa con las de las viviendas, lo que permite pensar en un nexo simbólico entre unas y otras, es posible suponer que las diferencias halladas en los ajuares funerarios dispuestos en el interior de las tumbas para su uso por el difunto en la vida de ultratumba se encuentren en relación con las diferencias existentes en la vida terrena.

pueden ser interpretadas en términos de cierta desigualdad social en el interior de las comunidades aldeanas. Conviene considerar esta cuestión más de cerca.

En efecto, un análisis efectuado sobre 262 tumbas en siete cementerios de tiempos badarienses en la región de Badari, permite notar que existen notables diferencias en cuanto a la calidad y la cantidad de las ofrendas depositadas en las tumbas. Así, por ejemplo, el informe reporta que 141 tumbas no recibieron ofrendas o sólo recibieron un objeto, en tanto que un grupo de 35 tumbas presenta entre 11 y 511 objetos como ajuar funerario. Las tumbas con mayor cantidad de objetos ofrecen, además, testimonios de bienes de prestigio (cuentas, paletas y otros objetos, en ocasiones elaborados o asociados con materiales exóticos: marfil, esteatita, cobre, turquesa, cornalina, malaquita). Por lo demás, tales entierros presentan mayor tamaño, mayor complejidad (incluyendo ciertos “*sarcófagos de cestería*”) y, en general, se hallan en sectores diferenciados dentro de cada cementerio. Parece factible interpretar que tales diferencias fuertes en el registro arqueológico correspondan a la existencia de una élite en el seno de las comunidades aldeanas de Badari. En palabras de Anderson, el hecho “*de que las tumbas más ricamente provistas se hallaban restringidas a una minoría de la población mortuoria [...] puede ser interpretado como una manifestación de la desigual distribución de la riqueza material entre los ocupantes de las tumbas y constituye, pues, una indicación del acceso diferencial a recursos por parte de los miembros de la misma comunidad badariense*”<sup>6</sup>.

A partir del período subsiguiente (Nagada I / Amratiense), esas diferencias entre un conjunto reducido de tumbas provistas con gran cantidad y calidad de bienes y un conjunto mayor equipado con un ajuar funerario reducido se incrementan sensiblemente. De acuerdo con Hoffman, “*generalmente, las tumbas amratienses son más grandes y se hallan más ricamente provistas que sus predecesoras y reflejan claras diferencias en riqueza y status*”<sup>7</sup>. En cuanto a las dimensiones de los enterramientos, durante el período hacen su aparición las primeras tumbas de formato rectangular, las cuales habrían sido ocupadas por los miembros de las élites amratienses, en contraposición al resto de la comunidad, que continuaría siendo sepultado en las antiguas y más reducidas tumbas ovales. Algunas de tales tumbas rectangulares sobresalen por su tamaño: en

---

<sup>6</sup> Anderson, 1992, 61. La traducción es nuestra. En el mismo sentido, Hoffman, 1988, 40.

<sup>7</sup> Hoffman, 1988, 40. La traducción es nuestra. Cf. también Wilkinson, 1999, 29-30.

Hieracópolis, la tumba mayor del cementerio amratiense medía 2,9 m de largo, 1,6 m de ancho y 1,5 m de profundidad. En cuanto a los ajuares funerarios de esta primera época de Nagada, sobresale –en comparación con el período Badariense– la mayor cantidad de vasos y jarras de almacenamiento, paletas de uso cosmético, cabezas de maza y diversos objetos en cobre, marfil, hueso o piedra (sílex, basalto, porfirio, obsidiana), que se detectan en diversas necrópolis, tales como las de Hieracópolis, Nagada, Abadiya y Abidos<sup>8</sup>.

Por cierto, es sólo un reducido número de tumbas el que se destaca por sus dimensiones y la riqueza de su ajuar funerario: de acuerdo con las estimaciones de Castillos, sólo aproximadamente un 12% de las tumbas del período disponen de más de 10 objetos a modo de ofrendas funerarias, en tanto que más del 80% de las mismas presentan un tamaño reducido<sup>9</sup>. Algunas de esas tumbas minoritarias – como la 1461 de Armant– constituían enterramientos de niños, lo que resulta un indicio firme de status hereditario<sup>10</sup>. Por lo demás, al menos en algunos cementerios como el N Este y el N Oeste de Nagada, se repite el mismo agrupamiento interior de la necrópolis por sectores, ya verificado en Badari, de acuerdo con la mayor o menor cantidad de ofrendas<sup>11</sup>. De esta manera, la posibilidad de que hayan existido élites comunales parece afirmarse a partir de la evidencia disponible acerca de las comunidades aldeanas de Nagada I.

La presencia de un conjunto reducido de tumbas de grandes dimensiones y gran cantidad y calidad de bienes se hace aún más evidente durante la primera parte del período inmediatamente posterior, el Guerzeense temprano o Nagada IIa-b. En Nagada, a la continuación en el uso de otras necrópolis con cierta diferenciación interna, se agrega ahora el Cementerio T, aparentemente de acceso reservado a la élite del asentamiento. De acuerdo con Bard, existe allí *“una concentración de riqueza y poder simbólico de una élite, posiblemente gobernante, que no es*

---

<sup>8</sup> Cf. Hoffman, Lupton y Adams, 1982, 38-60; Hoffman, 1988, 40-41; Bard, 1989, 233-234; 1994, 25; Midant-Reynes, 1992, 164; Dreyer *et al.*, 1998, 79-123; Wilkinson, 2000a, 378-381.

<sup>9</sup> Cf. Castillos, 1982, 175-176, tablas 8 y 2.

<sup>10</sup> Cf. Bard, 1994, 71; Wilkinson, 1999, 30. Como indica Wilkinson (1999, 30; la traducción es nuestra), *“el mayor gasto de tiempo y recursos en la tumba de un niño que en la de un adulto debe indicar que el niño ocupaba una posición destacada dentro de la comunidad local, y esto sólo puede haber sido a través de la descendencia”*.

<sup>11</sup> Cf. Bard, 1989, 233-234; 1994, 95, 103.

*conocido con anterioridad*”<sup>12</sup>. En efecto, desde el comienzo de su uso, el cementerio ofrece tumbas construidas con ladrillos de adobe, con compartimientos interiores, provistas con gran cantidad de cuencos cerámicos, vasos de piedra, paletas de uso cosmético, herramientas y cuentas y otros objetos en marfil, lapislázuli, cornalina, esteatita, cobre. En particular, la tumba T5, una de las más grandes de la necrópolis, presenta dimensiones que alcanzan los 5 m de largo y los 2,8 m de ancho<sup>13</sup>.

Del mismo modo, también en Hieracómpolis se verifica la segregación mortuoria de la élite, cuyas tumbas –de mayores tamaños y de ajuares funerarios más complejos– son emplazadas en la necrópolis de la Localidad 6, en tanto que la mayor parte de la población local utiliza el denominado “Cementerio del Fuerte” (Hk27)<sup>14</sup>. Por otra parte, en diversas comunidades del Alto Egipto parece verificarse una tendencia similar: en Armant, por ejemplo, el Cementerio 1400-1500 presenta un importante aumento en los promedios de riqueza y tamaño de las tumbas, así como una concentración de las tumbas mejor equipadas en un sector diferenciado. Una situación similar en materia de mayor desigualdad funeraria se presenta en las necrópolis de Matmar, Mostaguedda, Mahasna, Abidos<sup>15</sup>. El patrón de enterramientos diferenciales visible durante el período Badariense y que permite inferir la posible existencia de élites locales parece, pues, consolidarse notablemente a lo largo de las fases de Nagada I y II.

Desde el punto de vista sociopolítico, la importancia de establecer la existencia de élites en las comunidades aldeanas predinásticas radica en la posibilidad de determinar el posible estrato social a partir del cual pueden emerger los líderes de aquellas sociedades. En este sentido, Carneiro indica que una de las formas *“de inferir arqueológicamente la existencia de jefaturas es la de hallar enterramientos diferenciados en los que las diferencias en cantidad y calidad de los bienes de los ajuares funerarios establecen una distinción categórica en status*

---

<sup>12</sup> Bard, 1994, 105. La traducción es nuestra.

<sup>13</sup> Cf. Kemp, 1973, 38-43; Davis, 1983, 17-28; Trigger, 1985 [1983], 57-58; Bard, 1989, 237, 240-243; Midant-Reynes, 1992, 178-179.

<sup>14</sup> Acerca del cementerio de élite de la Localidad 6, cf. Adams, 1996, 14-15. Respecto de la segregación de las tumbas de la élite respecto de las de la población general, cf. Adams, 1987, 177-178; Hoffman, 1987, 191-194.

<sup>15</sup> Al respecto, Dreyer *et al.*, 1993; 1998; Bard, 1994, 59-68; Wilkinson, 1996, 75-85.

*entre unos pocos individuos, presumiblemente jefes, y la población en general*”<sup>16</sup>. Definida en estos términos, la situación parece ser precisamente la que acontece en el Alto Egipto predinástico. Si atribuimos las tumbas diferenciadas por su riqueza y dimensiones a tales jefes y su entorno más directo, es posible conjeturar que, a lo largo del valle del Nilo, durante el milenio y medio que precede a la aparición del Estado, puede haber ido conformándose una pluralidad de *sociedades de jefatura*<sup>17</sup>. Ahora bien, si la presencia de esas élites constituye una condición de posibilidad para la existencia de tales jefes, los testimonios de aquella no implican una prueba taxativa de estos últimos. ¿Existe algún indicador más directo acerca de la existencia de esos líderes pre-estatales en el valle del Nilo? Si bien se trata de pocos elementos, cierta evidencia arqueológica es susceptible de ser interpretada en esta dirección.

### *INSIGNIAS DE LIDERAZGO*

Entre los enterramientos del sitio de El-Omari, cerca del delta del Nilo, se ha hallado un esqueleto de una antigüedad superior a los 4000 años a.C., que portaba entre sus manos un bastón de 35 cm de largo, que los investigadores han asociado al posterior cetro *ames* de los monarcas. Si bien se trata de un objeto aislado y de difícil interpretación, de acuerdo con Midant-Reynes, “*su presencia en la mano de un hombre permite adivinar un sentido específico, un posible símbolo de autoridad y/o de magia*”<sup>18</sup>. Algo similar tal vez pueda sostenerse respecto del bastón que sostiene un personaje representado en un grabado rupestre en el wadi Gash, cuya imagen incluye además una especie de tocado o corona y un estuche fálico<sup>19</sup>. Del mismo modo, otras inscripciones rupestres en el desierto oriental

---

<sup>16</sup> Carneiro, 1981, 53. La traducción es nuestra.

<sup>17</sup> Acerca de la utilidad actual del concepto de sociedades de jefatura, cf. Campagno 2000 (2002), 135-147.

<sup>18</sup> Midant-Reynes, 1992, 121. La traducción es nuestra. En relación con el cetro, cf. Hoffman, 1979, 196; Trigger, 1985 [1983], 44; Vercoutter, 1992, 130.

<sup>19</sup> Cf. Winkler, 1938, pl. xiii. Cf. también Fig. 1b. De acuerdo con Midant-Reynes (1992, 174), “*tanto por sus atributos de vestimenta expresados en un conjunto donde los otros individuos son simples esbozos, como por su localización en el centro de la caza, todo lleva a considerar a este personaje como una figura significativa –¿jefe, hechicero, divinidad?–*

presentan una serie de personajes de gran tamaño –en frecuente asociación con embarcaciones– que suelen portar probables plumas en sus cabezas, estuches fálcos y otros objetos (por ejemplo, arcos y –tal vez– bumeranes)<sup>20</sup>. Por otra parte, la cerámica decorada también proporciona algunos indicios. Existen representaciones de Nagada I que describen ciertos individuos de gran tamaño, provistos de estuche fálco y un tocado, probablemente de plumas. En cuanto a la cerámica decorada de las primeras fases de Nagada II, presenta un tipo de individuos que también disponen de estuche fálco así como una suerte de bastón, y que aparecen en asociación con danzarinas y embarcaciones, en una serie de escenas cuyo significado específico resulta desconocido<sup>21</sup>. El mismo grado de incertidumbre se plantea respecto de una serie de figuras talladas en piedra, hueso o marfil que remiten temporalmente a Nagada I y II y que representan individuos con estuche fálco o bien describen sólo la parte superior de una figura humana: la cabeza de un hombre enmascarado o barbado, que podría evocar alguna suerte de líder o conductor ritual<sup>22</sup>.

---

*cuya presencia está ligada al éxito de la caza*” (la traducción es nuestra). En efecto, dado el notable espacio que la iconografía pre-estatal concede a la práctica de la caza, es lícito suponer que el jefe de caza pudo haber ocupado un lugar de relevancia social, ya sea por su fuerza, su destreza o sus capacidades sobrenaturales. Por lo demás, la permanencia de ciertos atributos de la indumentaria de los cazadores en las vestimentas de los futuros faraones –cola postiza, estuche fálco– así como la importancia de ciertas prácticas de caza como atributo del monarca –en particular, la caza del hipopótamo, que también dispone de antecedentes pre-estatales– refuerzan la posibilidad de un vínculo estrecho entre el simbolismo de la caza y las posiciones sociales de privilegio. Al respecto, cf. Casini, 1990-1, 330; Anselin, 1995, 33; Cervelló, 1996, 72-73; Campagno, 1998, 31-32.

<sup>20</sup> Cf. Winkler, 1938, pl. xiii-xl; Redford y Redford, 1989, 3-50. Cf. también Figs. 1a y 3a-b.

<sup>21</sup> Cf. Vandier, 1952, 286-288, 352-353; Midant-Reynes, 1992, 165-167, 180-182; Hendrickx, 1998, 204-207. Cf. también Figs. 5 y 7. En cuanto a los tocados de plumas como atributos de líderes de caza o de guerra, cf. Hendrickx, 2000, 42. La enigmática asociación entre personajes de gran tamaño y las embarcaciones se repite en una gran cantidad de inscripciones rupestres de las periferias desérticas del Nilo en el Alto Egipto y la Baja Nubia. Al respecto, cf. Redford y Redford, 1989, 3-50; Berger, 1992, 107-120; Wilkinson, 2000b, 158-165.

<sup>22</sup> Cf. Vandier, 1952, 419-428; Rice, 1990, 101; Midant-Reynes, 1992, 169. Cf. también Figs. 2 y 4. De acuerdo con Midant-Reynes, las barbas de estas figuras hacen pensar “en el

Del sitio de Nagada procede un fragmento de cerámica, probablemente datable hacia finales del período Amratiense, que presenta un relieve con un objeto similar a la posterior corona roja del Bajo Egipto: si bien no hay posibilidades de vincular el objeto a un hipotético “reino del Bajo Egipto” en una época tan temprana y en el sur –y si bien se ha sugerido un nexo entre tal símbolo y la diosa Neith– no puede excluirse la posibilidad de que se trate también de algún tipo de tocado utilizado para reconocer algún individuo socialmente destacado<sup>23</sup>. En todos estos casos, tanto los cetros y los tocados como las representaciones de individuos con atributos distintivos, constituyen testimonios de muy difícil interpretación, hallados en contextos temporal y espacialmente heterogéneos. Sin embargo, tomando en cuenta la dramática escasez de material documental, resulta lícita la posibilidad de interpretar tales objetos e imágenes por su vinculación con las figuras de ciertos jefes locales, portadores de diversas *insignias de liderazgo*, tales como las que suelen caracterizar la posición de los líderes en las sociedades de jefatura.

Por otra parte, las cabezas de maza halladas en diferentes necrópolis del Alto Egipto, durante las fases Nagada I y II, también han sido interpretadas como atributos de poderío o, según la expresión de Hoffman, como “*powerfacts*”. En efecto, en función de la evidente naturaleza ritual asociada a la realeza que detentan las mazas desde los comienzos mismos del Estado y en función de su aparición en tumbas predinásticas de grandes dimensiones, se ha supuesto que tales objetos constituirían símbolos de poder desde tiempos pre-estatales, independientemente de su utilidad práctica como armas de caza o de combate. En relación con Hieracópolis, Hoffman señala: “*la cabeza de maza discoidal de porfirio hallada in situ en la tumba 3 [esto es,] en una de las más grandes tumbas amratienses que han sido descubiertas, enfatiza el uso temprano de las ‘cabezas de maza’ como artefactos de poder (powerfacts) por la naciente élite de Hieracópolis en el*

---

*rol del postizo entre los faraones, símbolo de poder exclusivamente reservado al mentón de los reyes y de ciertos dioses”* (la traducción es nuestra).

<sup>23</sup> Cf. Monnet-Saleh, 1990, 274; Midant-Reynes, 1992, 174; Baines, 1995, 95-96, 98-99; Campagno, 1998, 36. Cf. también Fig. 6.

*temprano IV milenio a.C.*”<sup>24</sup>. De este modo, las mazas podrían haber constituido otro elemento para destacar la autoridad de los tempranos jefes predinásticos del valle del Nilo, las cuales, en virtud de su posible función bélica tanto como ritual, podrían expresar las condiciones de líder militar y ritualista de su portador, tal como luego sucedería en tiempos faraónicos.

Una mención aparte merece un vaso cerámico recientemente hallado en la tumba U-239 del Cementerio U de Abidos, que puede remontarse a finales de la fase Nagada I. La iconografía del objeto ofrece cuatro representaciones de un personaje visto de perfil, provisto de una cola postiza, un tocado de plumas y una maza, y que –al parecer– lleva de la mano a unos individuos de menor tamaño (¿prisioneros, víctimas sacrificiales?). Se trata, indudablemente, de la representación que mejor conjuga las diversas insignias que podrían caracterizar la posición de un jefe comunal, algunas de las cuales (cola postiza, maza) perdurarían en las posteriores épocas estatales. De tal modo, es más que probable que la imagen represente un líder de la comunidad abidena, anterior al 3500 a.C.<sup>25</sup>.

Como puede verse, se trata de un módico conjunto de elementos, pero cuya presencia debe ser contrastada sobre el fondo de diferenciación social que parece traslucir la desigual riqueza de los ajuares funerarios en los enterramientos pre-estatales. En ese marco socialmente diferenciado, y en el contexto más específico de las tumbas con los ajuares mejor provistos, los bastones –a modo de cetros– o las mazas pueden haber constituido los objetos pertinentes para recortar la figura de los líderes del seno de la élite de la sociedad a la cual pertenecían. Esa posibilidad de la presencia de jefes en las comunidades pre-estatales puede verse fortalecida si se consideran prácticas de otra índole, pero cuya existencia requiere –o al menos involucra la posibilidad– de una figura de liderazgo social y que, por ende, puede brindarnos algunas pistas adicionales acerca del tipo de organización sociopolítica existente en el valle del Nilo con anterioridad a la aparición del Estado.

---

<sup>24</sup> Hoffman, 1982, 145. La traducción es nuestra. En relación con el valor simbólico de las mazas en el Predinástico, cf. Hoffman, 1988, 40; Midant-Reynes, 1992, 172, 183; Vercoutter, 1992, 163.

<sup>25</sup> Cf. Dreyer *et al.*, 1998, 84, 111-115. Cf. también Fig. 8.

¿Cuáles son las principales prácticas en las que puede verse involucrado un líder en las llamadas sociedades de jefatura? Los especialistas no se hallan completamente de acuerdo. Tradicionalmente, se tendía a vincular a los jefes con la organización de actividades asociadas con la esfera de la producción, especialmente en relación con la redistribución. Actualmente, ese énfasis ha pasado a las prácticas más relacionadas con un liderazgo de índole ideológica y político-militar. En todo caso, ¿qué evidencias de este tipo de actividades, en las que podría prefigurarse la presencia de un jefe, se hallan documentadas en el valle del Nilo en tiempos pre-estatales?

En cuanto al ámbito de la producción, la práctica básica que puede prefigurar el lugar del líder comunal es la de la redistribución. La existencia de una práctica tal en las comunidades pre-estatales del valle del Nilo puede inferirse a partir de diversos elementos. Por una parte, la adopción misma de la agricultura – que se remonta al menos al V milenio a.C. – implica una complejización de la base económica de aquellas sociedades que, en contraposición con el sistema basado en la caza y la recolección, suele requerir alguna instancia encargada de la gestión del sistema productivo<sup>26</sup>. En palabras de Hassan, “*la coordinación y dirección de esta compleja economía agrícola demanda un nivel de administración más allá del de la organización de las bandas, y la emergencia de líderes comunales, cabezas de grupo y jefes es un evento muy común entre grupos agricultores*”<sup>27</sup>. En particular, la existencia de graneros –algunos de indudable alcance comunal<sup>28</sup>– implican la

---

<sup>26</sup> Tal situación no excluye la posibilidad de que ciertas prácticas de caza también sean propicias para la emergencia de figuras de liderazgo. Como indica Fattovich (1984, 41) para el período Predinástico, “*la caza de grandes animales probablemente requería unidades de cooperación mayores que las de las «casas» (households) individuales. Podrían haber sido dirigidas por líderes específicos*” (la traducción es nuestra).

<sup>27</sup> Hassan, 1983, 146. La traducción es nuestra.

<sup>28</sup> Al menos, eso sugieren las grandes dimensiones de los graneros descubiertos en los sitios de Fayum A y de Maadi, en el norte de Egipto. En palabras de Trigger (1985 [1983], 41): “*los graneros comunales aparecen en muchos (aunque no en todos) asentamientos predinásticos de Egipto, lo que induce a pensar que los grupos locales desempeñaban un importante papel corporativo en la distribución de los recursos*”. Por su parte, considerando las prácticas de almacenamiento de granos, Mills (1992, 29) sostiene que

necesaria presencia de algún sistema de redistribución del grano almacenado, que pudo haber encaramado a sus administradores en las principales posiciones de liderazgo en las comunidades pre-estatales. Por lo demás, la existencia de cierta especialización artesanal, claramente visible a partir de comienzos del IV milenio a.C., remite también a la existencia de algún sistema encargado de redistribuir el producto artesanal o al menos –si éste fuera consumido íntegramente por la élite– de asegurar la manutención de aquellos especialistas.

Cualquiera que fuera la situación de cada comunidad, la compleja imagen que indica Hoffman respecto de Hieracómpolis deja pocas dudas de la necesidad de cierto liderazgo en materia de coordinación y organización del sistema económico en aquél sitio: *“en el nivel local, dentro de la región de Hieracómpolis, ya hemos documentado una estructura de asentamiento regional, la existencia de áreas «industriales» distintivas y sorprendentes diferencias entre los conjuntos de fauna de los asentamientos contemporáneos. Dada la variedad de bienes producidos a lo largo de la región (incluyendo comida y artefactos), sin duda hubo arreglos económicos para obtener combustible para los hornos de cerámica, manufacturar y transportar los productos terminados y distribuirlos entre los consumidores para su uso en contextos utilitarios o mortuorios”*<sup>29</sup>. En particular, en palabras de Geller, *“los grandes recintos para la producción de cerveza en Hieracómpolis y en Abidos refuerzan la inferencia de una producción y redistribución dirigida por poderosos individuos o instituciones –jefatura o templo– durante el Predinástico”*<sup>30</sup>.

Por otra parte, la presencia de jefes también podría guardar alguna relación con las prácticas de intercambio a nivel regional e interregional, bien documentadas en el valle del Nilo predinástico a partir de la presencia de objetos

---

*“como en períodos posteriores, las élites gobernantes durante el Predinástico probablemente desempeñaron una función de redistribución”* (la traducción es nuestra).

<sup>29</sup> Hoffman, 1982, 142. La traducción es nuestra.

<sup>30</sup> Geller, 1992, 24. La traducción es nuestra. De acuerdo con el autor, *“la cerveza era tan demandada por los muertos para la vida de ultratumba como por los vivos. Los cultos mortuorios dedicados a poderosos individuos y mantenidos por sus herederos (genéticos o ficticios) legitiman la sucesión y el mantenimiento del poder. En vida, el reparto de cerveza en una comunidad en gran escala puede haber sido percibido como un signo tangible de la largueza y poder del redistribuidor: jefe o sacerdote”* (la traducción es nuestra). En la misma línea, aunque enfatizando más el rol de los líderes en materia de culto a los ancestros, cf. Anselin, 1995, 32-39.

elaborados con materias primas no-locales o de bienes reconocidamente “extranjeros” por su decoración o estilo (tanto procedentes de Nubia como de Siria-Palestina e incluso de Mesopotamia). En efecto, su realización no sólo permite suponer la existencia de élites pre-estatales, en tanto principales demandantes y consumidores de los bienes obtenidos fuera del ámbito local. En la medida en que se produzcan de un modo más o menos frecuente, tales intercambios también podrían prefigurar el lugar de cierto tipo de líderes encargados de representar a sus comunidades en las transacciones tanto como de estimular la producción y reservar parte del excedente para canalizarlo en las actividades de intercambio y obtener así los objetos procedentes de otras regiones. Nuevamente en palabras de Hassan, *“la repetición y un incremento en el volumen de los intercambios intercomunitarios, tanto como la extensión de tales intercambios hacia vecinos distantes, habría conducido a su creciente formalización tanto como al surgimiento de representantes de las comunidades”*<sup>31</sup>.

En lo relativo al ámbito de lo ideológico, la posible existencia de jefes comunales es aún más inferencial, dado que no es posible postular un nexo causal directo entre las prácticas vinculadas a las representaciones del mundo y la presencia de líderes en la sociedad. Sin embargo, para la fase Nagada I en adelante, se ha señalado una posible relación entre la colocación en las tumbas de elaborados ajuares funerarios –una práctica motorizada por la creencia en una vida de ultratumba– y la expansión de la producción artesanal y de los intercambios necesarios para equipar tales ajuares, lo cual potenciaría la posición de los líderes locales, encargados de estimular la obtención de tales bienes y principales beneficiarios de tales objetos destinados a la realización de las prácticas mortuorias. Por otra parte, de acuerdo con Cervelló, en el Alto Egipto, el líder típico de la época predinástica tendería a ser considerado como *“el intermediario entre los dioses y el cuerpo social, el vínculo entre la naturaleza y la cultura. Sería el garante de la abundancia agrícola y de la venida y la bondad de la inundación; en definitiva un mantenedor de maat, el orden cósmico, y un dador de vida”*<sup>32</sup>. De

---

<sup>31</sup> Hassan, 1988, 168. La traducción es nuestra.

<sup>32</sup> Cervelló, 1996, 190. En tal sentido, es importante destacar la existencia de un centro ceremonial en la localidad Hk29A de Hieracópolis, al menos desde Nagada IIb (cf. Friedman, 1996, 16-35). Un espacio semejante, dedicado al culto de los dioses, podría

tal modo, los líderes predinásticos –como luego los faraones– podrían haber detentado cierta condición sagrada, como la que, por otra parte, presentan los líderes de un vasto conjunto de sociedades de jefatura africanas contemporáneas. Del mismo modo, esa condición sagrada de los jefes podría haberlos colocado en un lugar inmejorable para ejercer la toma de decisiones en materia de justicia y ordenamiento general de la comunidad.

Por último, en cuanto al ámbito de la guerra, cuya existencia se halla bien atestiguada al menos a partir de la fase Nagada II, su conexión con la presencia de jefes comunales puede suponerse a partir de la necesidad de algún tipo de líderes encargados de conducir las fuerzas de las comunidades durante los enfrentamientos bélicos. Sea que tales conflictos se produjeran por obtener mayores territorios, por alcanzar el monopolio de las redes de intercambio o en el marco de ciertas luchas entre nómades y sedentarios, sea que la figura del conductor militar fuera requerida con fines de ataque o de defensa, tales líderes militares podrían surgir de los jefes ya existentes o, alternativamente, emerger a propósito del conflicto para convertirse en líderes permanentes una vez finalizados los enfrentamientos. En cualquier caso, el carácter recurrente que las guerras parecen haber tenido durante Nagada II podría haber consolidado la posición de esos líderes, aun cuando su aparición hubiera estado ligada únicamente a la eventualidad de la lucha militar. En este marco, *“los conflictos por los intercambios, las rutas de los intercambios o el acceso a recursos surgieron inevitablemente en el Egipto del Predinástico tardío, conduciendo al incrementado militarismo de los líderes locales”*<sup>33</sup>.

\*\*\*

De esta manera, es posible verificar la convergencia de un conjunto de indicios de diversa procedencia. En efecto, tanto la desigualdad social que puede inferirse a partir de los ajuares funerarios, como las probables insignias de liderazgo (cetros, mazas, tocados), como las posibilidades en materia de conducción sociopolítica que pueden suponerse a partir de las prácticas productivas, de intercambio, ideológicas y bélicas, tienden a bosquejar un mismo

---

haber constituido uno de los ámbitos materiales específicos para la acción de un líder sagrado durante la época pre-estatal.

<sup>33</sup> Bard, 1987, 92. La traducción es nuestra.

cuadro: las comunidades aldeanas del valle del Nilo en la época pre-estatal parecen presentar, incluso desde el V milenio a.C., características de lo que, desde un punto de vista antropológico, ha dado en llamarse *sociedades de jefatura*, en las cuales se destaca la existencia de una élite que dispone de un acceso privilegiado al consumo de bienes locales o importados, así como a las principales posiciones de tipo religioso, militar o político-administrativo, y por encima de la cual se recorta la figura de un líder, cuya legitimación procede tanto de su función social en tanto vértice organizador de la sociedad como de los principios ideológicos que sancionan su diferencia –y la del resto de la élite– en relación con el resto de la sociedad.

Por cierto, el cuadro de situación que podemos elaborar es forzosamente incompleto y los datos que lo conforman –con excepción de los de algunas comunidades mejor conocidas como la de Hieracópolis– provienen de múltiples sitios, de modo que el riesgo de trazar conclusiones forzadas y de ignorar las especificidades locales permanece grande. En particular, no hay modo de asegurar que los diversos indicios analizados se hayan cruzado de manera sistemática y homogénea en cada comunidad con cierta diferenciación social. En efecto, algunas de las insignias que hemos considerado quizá sólo puedan ser relacionadas con actividades de liderazgo específicas y no genéricas. Del mismo modo, el hecho de que, por ejemplo, la evidencia sobre una comunidad permita suponer la existencia de un jefe ritual y un jefe militar no implica que ambas posiciones de liderazgo tengan que haber sido desempeñadas por el mismo individuo: antes bien, no hay obstáculo para que, conforme con el principio de las “heterarquías”, una sociedad pudiera contar con más de un jefe<sup>34</sup>. Sin embargo, la imagen general emergente de los indicios considerados –no su frecuencia ni su carácter sistemático pero sí su *convergencia*– permite sostener, al menos, la verosimilitud de la hipótesis acerca de la existencia de organizaciones sociopolíticas compatibles con las que antropológicamente suelen ser denominadas sociedades de jefatura, en el valle del Nilo, a lo largo del período Predinástico.

Volviendo a nuestra constatación inicial, la existencia de un “período Predinástico” resulta algo paradójica. El criterio de su definición es político (lo que

---

<sup>34</sup> Acerca de las “heterarquías” –también llamadas “jerarquías secuenciales”– como sistema de organización social que permite la posibilidad de liderazgos simultáneos no jerarquizados entre sí, cf. Crumley, 1995, 1-5; Spencer, 1997, 238-239.

está antes de las Dinastías de faraones) y, sin embargo, no hay nada que, en aquellos tiempos, pueda conferir unidad política a la región que abarca el valle y el delta de Nilo. Aunque el uso académico la ha legitimado largamente, se trata de una denominación “retroactiva”. Así pues, vale la pena tener presente que, si hay alguna homogeneidad en aquella época, tal cosa puede buscarse en el plano sociocultural; pero que si se pretende considerar el plano sociopolítico habrá que partir de una escala analítica diferente: la que permita reconocer la existencia de un espacio políticamente atomizado y ocupado por una multiplicidad de sociedades independientes entre sí.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, B. 1987 *The Fort Cemetery at Hierakonpolis (Excavated by John Garstang)*, London, KPI.
- ADAMS, B. 1996 Elite Tombs at Hierakonpolis. En: Spencer, J. (ed.) *Aspects of Early Egypt*, London, British Museum Press, pp. 1-15.
- ALDRED, C. 1965 *Egypt to the End of the Old Kingdom*, London, Thames and Hudson.
- ANDERSON, W. 1992. Badarian Burials: Evidence of Social Inequality in Middle Egypt During the Early Predynastic Era. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 29, pp. 51-66.
- ANSELIN, A. 1995 *La Cruche et la Tilapia. Une lecture africaine de l'Égypte nagadéenne*, Abymes, Editions de l'UNIRAG.
- BAINES, J. 1995 Origins of Egyptian Kingship. En: O'Connor, D. y Silverman, D. (eds.) *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, E. J. Brill, pp. 95-156.
- BARD, K. 1987 The Geography of Excavated Predynastic Sites and the Rise of Complex Society. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 24, pp. 81-93.
- BARD, K. 1989 The Evolution of Social Complexity in Predynastic Egypt: An Analysis of the Naqada Cemeteries. En: *Journal of Mediterranean Archaeology*, vol. 2, pp. 223-248.
- BARD, K. 1994 *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*, Sheffield, Sheffield Academic Press.
- BERGER, M. 1992 Predynastic Animal-Headed Boats from Hierakonpolis and Southern Egypt. En: Friedman, R. y Adams, B. (eds.) *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, pp. 107-120.
- BINFORD, L. 1972 Mortuary Practices: Their Study and Their Potential. En: Binford, L. (ed.), *An Archaeological Perspective*, New York, Seminar Press, pp. 208-243.
- CAMPAGNO, M. 1998 *Surgimiento del Estado en Egipto: Cambios y Continuidades en lo Ideológico*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1998.
- CAMPAGNO, M. 2000 Kinship and the Emergence of the State in Egypt. En: *Bulletin of the Australian Centre for Egyptology*, vol. 11, pp. 35-47.

- CAMPAGNO, M. 2000 (2002) Hacia un uso no-evolucionista del concepto de “sociedades de jefatura”. En: *Boletín de Antropología Americana*, vol. 36, pp. 137-147.
- CAMPAGNO, M. 2002a *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el Antiguo Egipto*. Aula Ægyptiaca-Studia Vol. 3. Barcelona, Aula Ægyptiaca.
- CAMPAGNO, M. 2002b Epílogo crítico. La obra en su contexto. En: Pirenne, J. *Historia del Antiguo Egipto*. Barcelona, Océano, pp. 1181-1193.
- CARNEIRO, R. 1981 The Chieftdom: Precursor of the State. En: Jones, G. y Kautz, R. (eds.) *The Transition to the Statehood in the New World*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CASINI, M. 1990-91 La Valle del Nilo e il Sahara: la Representazione, l' Ambiente, i Rapporti Reciproci. En: *Origini*, vol. 15, pp. 321-335.
- CASTILLOS, J. 1982 *A Reappraisal of the Published Evidence on Egyptian Predynastic and Early Dynastic Cemeteries*, Toronto, Ben Ben Publications.
- CERVELLÓ AUTUORI, J. 1996 *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, AUSA.
- CRUMLEY, C. 1995 Heterarchy and the Analysis of Complex Societies. En: Ehrenreich, R., Crumley, C. y Levy, J. (eds.), *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*, Washington, Archaeological Papers of the American Anthropological Association, pp. 1-5.
- DAVIS, W. 1983 Cemetery T at Nagada. En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, vol. 39, pp. 17-28.
- DREYER, G.H 1998 *Umm el-Qaab I. Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*, Mainz, Verlag Philipp von Zabern.
- DREYER, G. et al. 1993 Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 5./6. Vorbericht. En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, vol. 49, pp. 23-62.
- DREYER, G. et. al. 1998 Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 9./10. Vorbericht. En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, vol. 54, pp. 77-167.
- EHRET, CH. 1996 Ancient Egyptian as an African Language, Egypt as an African Culture. En Celenko, Th. (ed.) *Egypt in Africa*, Bloomington, Indianapolis Museum of Art & Indiana University Press.

- FATTOVICH, R. 1984 Remarks on the Dynamics of State Formation in Ancient Egypt. En: *Wiener Beiträge zur Ethnologie und Anthropologie*, vol. 1, pp. 29-78.
- FRIEDMAN, R. 1996 The Ceremonial Centre at Hierakonpolis: Locality HK29A. En: Spencer, J. (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, British Museum Press, pp. 16-35.
- GELLER, J.H 1992 From Prehistory to History: Beer in Egypt. En: Friedman, R. y Adams, B. (eds.) *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, pp. 19-26.
- HASSAN, F. 1983 The Origins of the Egyptian Civilization: A Working Model. En: *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, vol. 65, pp. 135-148.
- HASSAN, F. 1988 The Predynastic of Egypt. En: *Journal of World Prehistory*, vol. 2, pp. 135-185.
- HENDRICKX, S. 1998 Peaux d'animaux comme symboles prédynastiques. En: *Chronique d'Égypte*, vol. 73, pp. 203-230.
- HENDRICKX, S. 2000 Autruches et flamants - les oiseaux représentés sur la céramique prédynastique de la catégorie Decorated. En: *Cahiers Caribéens d'Égyptologie*, vol. 1, pp. 21-52.
- HODDER, I. 1994 [1986] *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona, Grijalbo.
- HOFFMAN, M. 1979 *Egypt before the Pharaohs*, New York, Barnes & Noble.
- HOFFMAN, M. 1982 General Summary and Conclusions – Issues in Predynastic Culture History. En: Hoffman, M. (ed.) *The Predynastic of Hierakonpolis*, Cairo, Cairo University Herbarium, pp. 139-148.
- HOFFMAN, M. 1987 A Regional Perspective of the Predynastic Cemeteries of Hierakonpolis. En: Adams, B. *The Fort Cemetery at Hierakonpolis (Excavated by John Garstang)*, London, KPI, pp. 187-202.
- HOFFMAN, M. 1988 Prelude to Civilization: The Predynastic Period in Egypt. En: Willoughby, K. y Stanton, E. (eds.), *The First Egyptians*, Columbia, University of South Carolina, pp. 33-46.
- HOFFMAN, M., LUPTON, C. Y ADAMS, B. 1982 Excavations at Locality 6. En: Hoffman, M. (ed.) *The Predynastic of Hierakonpolis*, Cairo, Cairo University Herbarium, pp. 38-60.
- HOLMES, D. 1996 Lithic Assemblages from Hierakonpolis and Interregional Relations in Predynastic Egypt. En: Krzyzaniak, L., Kroeper, K. y

- Kobusiewicz, M. (eds.), *Interregional Contacts in the Later Prehistory of Northeastern Africa*, Poznan, Poznan Archaeological Museum, pp. 193-202.
- KEMP, B. 1973 Photographs of the Decorated Tomb at Hierakonpolis. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 59, pp. 36-43.
- KÖHLER, CH. 1995 The State of Research on Late Predynastic Egypt: New Evidence for the Development of the Pharaonic State. En: *Göttinger Miszellen*, vol. 147, pp. 79-92.
- MASSOULARD, E. 1949 *Préhistoire et Protohistoire d'Égypte*, Paris, Institut d'Ethnologie.
- MIDANT-REYNES, B. 1992 *Préhistoire de l'Égypte. Des premiers hommes aux premiers Pharaons*, Paris, Armand Colin.
- MILLS, J. 1992 Beyond Nutrition: Antibiotics Produced through Grain Storage Practices. Their Recognition and Implications for the Egyptian Predynastic. En: Friedman, R. y Adams, B. (eds.) *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, pp. 27-35.
- MONNET-SALEH, J. 1990 Interpretation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte. Partie II. En: *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale*, vol. 90, pp. 259-279.
- PIRENNE, J. 1961 *Histoire de la Civilisation de l'Égypte Ancienne*, Neuchatel, Editions de la Baconnière.
- REDFORD, D. Y REDFORD, S. 1989 Graffiti and Petroglyphs Old and New from the Eastern Desert. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 26, pp. 3-50.
- RICE, M. 1990 *Egypt's making. The origins of Ancient Egypt 5000-2000 BC*, London, Routledge.
- SETHE, K. 1930 *Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter*, Leipzig, Deutsche Morgenländische Gessellschaft.
- SPENCER, CH. 1997 Evolutionary Approaches in Archaeology. En: *Journal of Archaeological Research*, vol. 5, pp. 209-264.
- TRIGGER, B. 1985 [1983] Los comienzos de la civilización egipcia. En: Trigger, B., Kemp, B., O'Connor, D. y Lloyd, A., *Historia del Antiguo Egipto*, Barcelona, Crítica, pp. 15-97.
- VANDIER, J. 1952 *Manuel d'Archeologie Égyptienne*, Paris, Editions A. et J. Picard.

- VERCOUTTER, J. 1992 *L'Égypte et la vallée du Nil. Tome I: Des origines à la fin de l'Ancien Empire 12000-2000 av. J.C.*, Paris, Presses Universitaires de France.
- WILKINSON, T. 1996 *State Formation in Egypt. Chronology and Society*, Cambridge Monographs in African Archaeology, vol. 40, BAR International Series 651, Oxford, Tempus Reparatum.
- WILKINSON, T. 1999 *Early Dynastic Egypt*, London, Routledge.
- WILKINSON, T. 2000a Political Unification: Towards a Reconstruction. En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, vol. 56, pp. 377-395.
- WILKINSON, T. 2000b Rock Drawings of the Eastern Desert. Survey Expedition December 1999. En: Rohl, D. (ed.), *The Followers of Horus. Eastern Desert Survey Report*, Vol. I, Abingdon, Institute for the Study of Interdisciplinary Sciences, pp.158-165.
- WINKLER, H. 1938 *Rock-Drawings of Southern Upper Egypt*, vol. I, London, The Egypt Exploration Society.

## ILUSTRACIONES

Fig. 1a: Grabado rupestre en el desierto oriental (Vandier, 1952, 16)

Fig. 1b: Grabado rupestre en el wadi Gash (Midant-Reynes, 1992, 174)

Fig. 2: Estatuilla de marfil de Nagada I (Vercoutter, 1992, 110)

Fig. 3a-b: Grabados rupestres en el wadi Mia (Berger, 1992, 111)

Fig. 4: Estatuillas de marfil, esquisto y hueso de Nagada II (Vercoutter, 1992, 110; Midant-Reynes, 1992, 170)

Fig. 5: Iconografía sobre cerámica de Nagada I (Vandier, 1952, 287)

Fig. 6: Fragmento cerámico de Nagada con “corona roja” (Midant-Reynes, 1992, 174)

Fig. 7: Iconografía sobre cerámica de Nagada II (Midant-Reynes, 1992, 181)

Fig. 8: Iconografía sobre cerámica de la tumba U-239 de Abidos (Dreyer *et al.*, 1998, 114)



Fig. 1-a



Fig. 1-b



Fig. 2

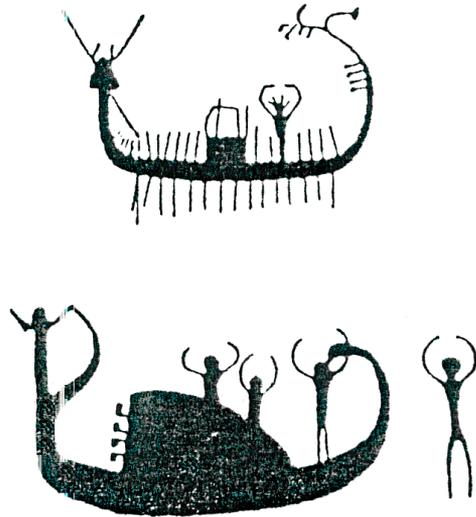


Fig. 3 a-b

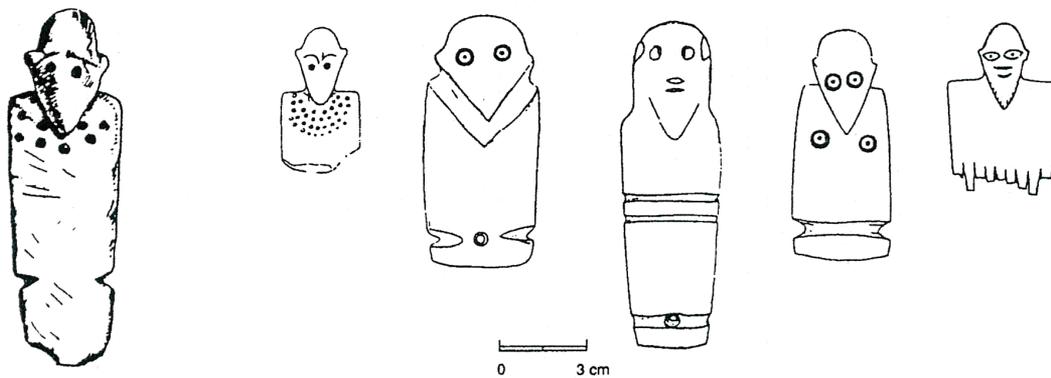


Fig. 4

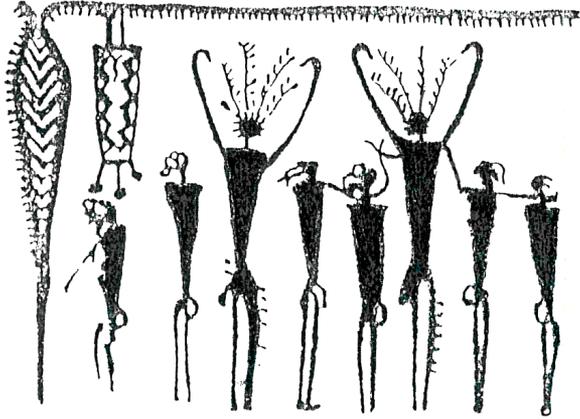


Fig. 5

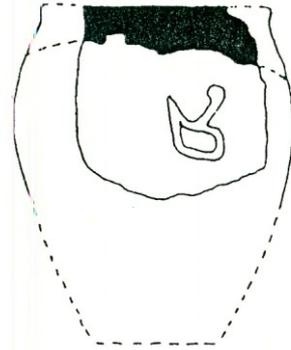


Fig. 6

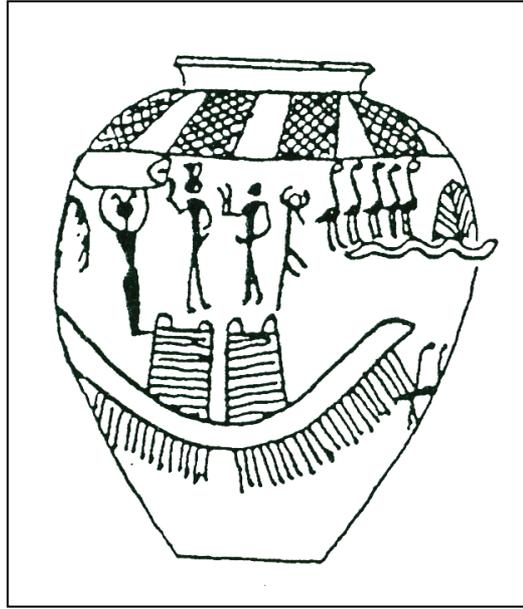


Fig. 7

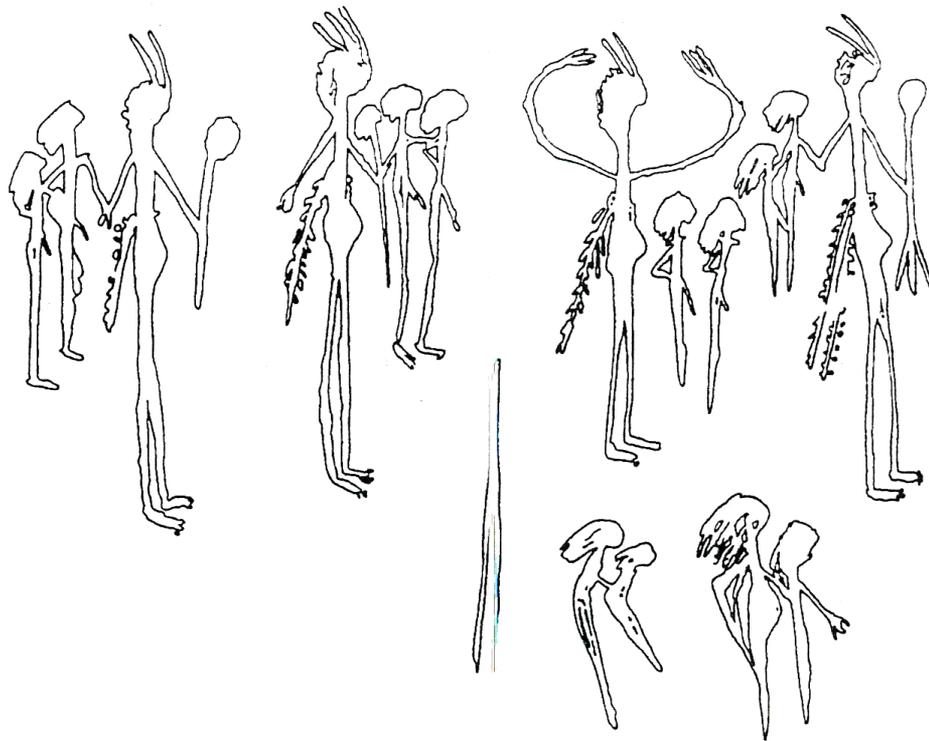


Fig. 8